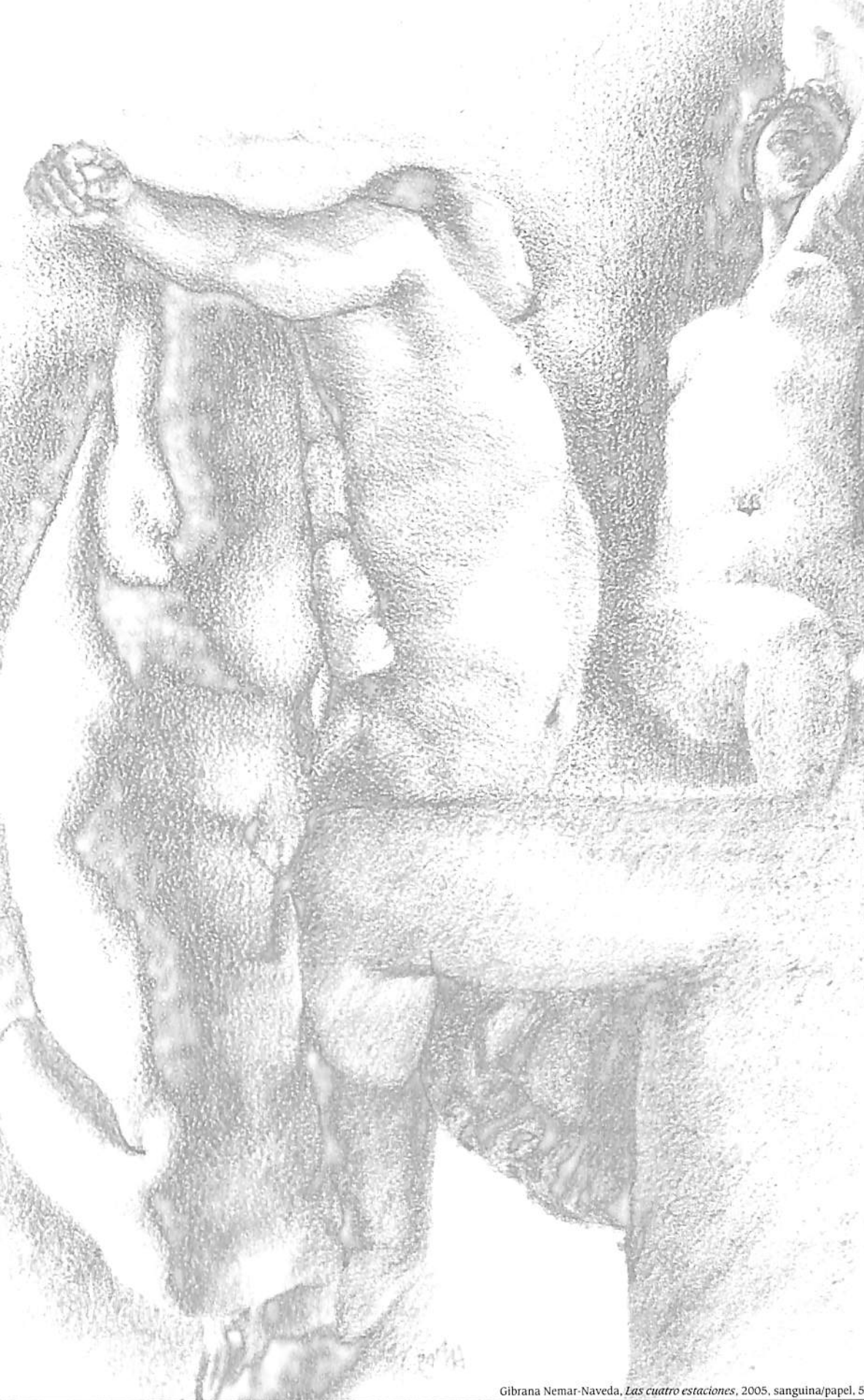




Gibrana Nemar-Naveda, *Las cuatro estaciones*, 2005, sanguina/papel, 59.5 × 41.5 cm.

COLMENARIO

MARAVILLA Y RETÓRICA EN LAS CRÓNICAS DE INDIAS

Uno de los puntos que considero relevantes para sustentar la cualidad literaria¹ de las crónicas de Indias descansa en su constante referencia a la naturaleza. Se observa que en los diversos discursos que trataron de dar cuenta de estas tierras se destacaba nítidamente lo diferente, lo que de alguna forma resultaba distinto a lo que se había experimentado en el Viejo Mundo. Así, en un principio no sólo interesaba lo útil, el provecho, sino también todo lo que producía el efecto de la "maravilla",² el portento, debido a que era el hito que sancionaba el *plus ultra* del viaje. Y

1 En el planteamiento de la tradición literaria americana destaca la propuesta de atribuir una "vocación literaria" a los escritos históricos sobre la conquista de América. Mignolo (1992: 139) observa que se trataría de "justificar y racionalizar la atribución de propiedades estéticas o expresivas" a textos que "de suyo no la tienen". Esta preocupación por el estatuto literario de dichos textos ha sido motivo de reflexión; destacan las de Pupo-Walter (1982, 1986, 1995), González Echeverría (1983), Mignolo (1981, 1992) y Goic (1982).

2 Enrique Pupo-Walter (1995: 55-77) ha destacado en varias ocasiones la importancia del "sustrato imaginativo", del "desdoblamiento imaginativo" o, en síntesis, de lo que llama la "vocación literaria" de la historiografía indiana. Lo ha visto como un factor de enriquecimiento del texto histórico, mal comprendido muchas veces por los historiadores que aún no superan el lastre positivista, pues juzgan a la dimensión imaginativa como un accidente desafortunado que genera el proceso narrativo. Este autor piensa en las innumerables leyendas, mitos y amplios fragmentos de "relato intercalado". Y en esta miscelánea se hallan los "componentes seminales de la tradición narrativa hispanoamericana". Sin embargo, según Rolena Adorno (1988: 24), "la crítica estética era inadecuada como método para estudiar las letras coloniales."

tras la cualidad literaria de la maravilla natural se halla el arte retórico, esto es, la técnica de la persuasión o la comunicación eficaz, que no era vista como la técnica de la falsa definición a la que nos hemos acostumbrado. La técnica descriptiva —el virtuosismo verbal— no estuvo reñida con el saber científico que en el marco de la filosofía natural pretendía “declarar causas y razón” de las “novedades y extrañezas” de la naturaleza.

Así, este afán por inventariar y comprender la realidad natural para poder actuar sobre ella no era el único aliciente para la escritura. Los cronistas de Indias buscaron permanentemente las maravillas y con ellas —en las historias morales— hicieron esfuerzos epidícticos para “deleitar al leyente” y, al mismo tiempo, “dar gloria a Dios” por sus obras, en un estilo donde domina la *suavitas*. Acosta, en la dedicatoria de su *Historia natural y moral de las Indias* a la infanta Isabel de Austria, advierte que “el conocimiento y especulación de cosas naturales, mayormente si son notables y raras, causa natural gusto y deleite en entendimientos delicados.” Y además de “servir de

honesto y útil entretenimiento”, da “ocasión de considerar en obras que el Altísimo ha considerado en la máquina de este mundo, especialmente en aquellas partes que llamamos Indias, que por ser nuevas tierras, dan más que considerar” (Acosta, 1962: 9). Casi con las mismas palabras, Gonzalo Fernández de Oviedo afirma en su historia que

Toda historia natural es de suyo agradable, y a quien tiene consideración algo más levantada, es también provechosa para alabar al Autor de toda la naturaleza [...] quien holgare de entender verdaderos hechos de esta naturaleza, que tan varia y abundante es, terná el gusto que da la historia, y tanto mejor historia cuanto los hechos no por trazas de hombres, sino del Creador. Quien pasare adelante y llegare a entender las causas naturales de los efectos, terná el ejercicio de buena filosofía. Quien subiere más en su pensamiento, y mirando al Sumo y Primer Artífice de todas estas maravillas, gozare de su saber y grandeza, diremos que trata de excelente teología. Así que para muchos buenos motivos puede servir la relación de cosas naturales, aunque la bajeza de muchos gustos suele más de ordinario parar en lo menos útil, que es un deseo de saber cosas nuevas, que propiamente llamamos curiosidad (1958, I: 431).

De esta forma, la ciencia no entraba en un conflicto con la maravilla; no reducía la naturaleza a leyes y taxonomías abstractas; el saber científico, la curiosidad de saber, tampoco excluía la experiencia de la creación divina del mundo, ni la impresión estética se replegaba ante la necesidad o ante la visión utilitaria del mundo. La “variedad y hermosura” de la “natura” servía, pues, al mismo tiempo para el deleite, la utilidad temporal y la alabanza del Creador cuando se llegaba a la comprensión de Dios y de la belleza del mundo. Belleza y utilidad, contemplación y pragmatismo, frente a frente, sin excluirse. La enciclopedia, el *speculum* americano, no iba en una sola dirección. Pero qué es lo que se describía bajo el término de maravilla: lo más útil para sobrevivir en un nuevo ambiente, como el maguey, que da bebida, alimento,

La Colmena 49, enero-marzo 2006.



techo y fibra para cuerda; o el guayacán, que cura las bubas de la sífilis; pero sobre todo está lo extraño, la novedad, lo diverso o la confirmación de las maravillas legendarias que no se habían visto sino sólo leído en Plinio. Y, recalco, no sólo está la idea de describir la naturaleza americana, sino también la de explicar su diferencia con respecto a la del Viejo Mundo.

MARAVILLA Y CRÓNICAS

Gran parte de los testimonios que tenemos de las maravillas naturales los podemos encontrar en el discurso historiográfico. Los cronistas siempre tuvieron un lugar para ellas en sus historias morales o humanas, e incluso en las divinas. Se entiende, pues, que el afán de describir el Nuevo Mundo no se ciñera sólo a tratar los asuntos de los habitantes y del avance hispano, sino a enmarcarlo en la cuarta parte del mundo. En este sentido, observamos que un importante número de las historias generales o particulares inicia con la descripción del entorno natural.

Asimismo, la historia natural hizo su aparición en breves o extensos *depósitos* de casos que de alguna manera resultaron sorprendentes o maravillosos, y por ello valía la pena llamar la atención del lector y separarlo del curso del acontecer, de la trama narrativa. Así, esta forma de presentación asume un carácter digresivo con respecto a la acción que se cuenta porque, por lo común, se intercalan pequeñas unidades narrativas con gran autonomía cuando se toca el lugar en que aconteció, o bien se ubican al final de un libro, en un capítulo especial; o simplemente se cuenta sin un mayor esfuerzo de ubicación, dando la impresión de lo fortuito, de la fresca improvisación que va de la mano del impulso narrativo y que normalmente apunta hacia una enseñanza moral o hacia el mero gusto de deleitar al leyente con el placer de la novedad.

En lo que atañe a las formas discursivas que conforman la historia natural en Indias, lo primero que se constata es que en el interior de los tex-

tos se prefiguran otras formas genéricas: textos como los lapidarios, herbarios, bestiarios, tratados de cosmología y libros de viajes participan activamente de la temática y de la organización de las historias naturales. Aunque no hay que perder de vista que el maestro o punto de referencia obligado de los cronistas es la *Historia natural* de Plinio.

El cronista hacía sus descripciones auxiliado por la comparación, relacionando lo divergente con lo conocido por su experiencia, y casi siempre ubicado en el plano de un saber cotidiano; esto es, a partir de la concreción que dan los sentidos, finos y atentos al matiz que traslucía la diferencia. De esta manera, se observaba la distinción elemental entre animales o vegetales como los nuestros; pero en particular llaman la atención los seres diferentes o las diferencias, si es que se establece una semejanza estrecha.

También el historiador percibía tras de este mundo, el mundo simbólico que hablaba del poder y de las obras de Dios, de la belleza de la Creación porque "si la belleza no es otra cosa que el resplandor de la forma, de la Ley, de la Esencia, de la Idea y de la Unidad sobre la Materia que irradia en su interior y hace brillar en el exterior, parece evidente que la apariencia sensible no puede ser sino el símbolo de un principio simple, inmaterial y metafísico (Bruyne, 1994: 93). Esto, en otras palabras, conducía a la interpretación alegórica de la naturaleza tan cara al mundo medieval cristiano, porque planteaba la existencia de un mundo duplicado: Por un lado, una realidad física que traduce, debido a sus propiedades, una realidad sobrenatural, y esto sucede porque "al ser obra del Dios único, tienen en cierta medida rasgos en común (Bruyne, 1994: 99)." He aquí un ejemplo que alude al colibrí o chuparrosas:

Ya que he comenzado a hablar de aves, no quiero callar una cosa cierto maravillosa que Dios muestra en un pajarito de los cuales hay muchos en esta Nueva España, y aunque el pajarito es pequeñito, la novedad no es chica, más es muy de notar. [...] su mantenimiento es extremado, ca no se maniene de simillas ni de mos-

cas, mas solamente se ceba y mantiene de la miel o rocío de las flores, y ansí anda siempre con su piquillo chupando las rosas muy sotilmente, volando sin se asentar sobre ellas [...] y como en esta tierra por el mes de octubre comienza la tierra a se agostar y secar las yerbas y flores [...] el pajarito vicicilin busca lugar competente a do pueda estar escondido [...] y en una ramita delgada apégase de los pies y pónese allí escondido a dormir y muérese, y está allí hasta el mes de abril, que con las primeras aguas y truenos como quien despierta de un sueño torna a revivir y sale buscando a buscar sus flores, que ya en muchos árboles las hay desde marzo, y aún antes. [...] Si Dios así conserva unos pajaritos y después los resucita, y cada año en esta tierra se ven estas maravillas, quien dudará sino que los cuerpos humanos, que son sepultados y corruptibles, que no los resucitará Dios incorruptibles por Jesucristo, y los vestirá y adornará de los cuatro dotes, y manterná de la suavidad de su divina fruición y visión, pues a estos pájaros tan chiquitos así sustenta del rocío y miel de las flores, y viste de tan graciosa pluma, que ni Salomón en toda su gloria ansí fue vestido como uno de éstos (Motolinía, 1965, I: 376-377).

LA MARAVILLA

Pero, ¿qué sentido tenía la palabra maravilla? La raíz de la palabra es *mir*, e implica necesariamente lo visual; se trata de una mirada, de una apelación al sentido de la vista. Y en el mundo cristiano el autor de las maravillas es Dios. Por supuesto, en principio, no era un recurso de la ficción o mera retórica fabuladora.³ Para los cronistas, bajo ninguna circunstancia sus historias eran "fingidas" o

3 Como enseña San Isidoro (1951: 44), "las *fábulas* son aquellas cosas que ni han ocurrido ni pueden ocurrir, porque son contra la naturaleza". Y las distingue esta narración también de la historia, que "es de cosas verdaderas que han ocurrido", y del "argumento", que "es de cosas que aunque no han ocurrido son posibles".



"vanas fabulaciones" como las que aparecían en los libros de caballería. Por eso, frente al portento que causa la suspensión del ánimo, citaban en su apoyo a los "testigos contestes", cuya definición era su "calidad", que no traduce otra cosa que su condición de fidedignos. Si la maravilla no tiene el estatuto de lo "fingido", los mitos y las fábulas medievales que observamos eran para los cronistas una materia muy real, aunque nunca faltaron los suspicaces que, de diversa manera, dudaron o supusieron otras explicaciones. Vale recordar la observación de Llarena, quien sospecha que el afán por hallar maravillas apuntaba también al propósito de obtener los favores de la Corona o a desmentar su codicia:

Quizá, como se ha dicho también en ocasiones, también el exceso de "maravilla", la intensificación de lo extraño y "lo distinto" del paisaje americano, no sean más que reclamos hacia lo descubierto, la sutil construcción de un sustrato de curiosidad que arrancaría los favores de la Coro-

na. Pero no por ello dejarían de ser, esas mismas anotaciones, reconocimiento de un asombro difícil de evitar. O, en otras palabras, no por exageradas o "conscientes" se despojan de su sinceridad" (Llarena, 1987: 118-119).

Junto a los testimonios de la experiencia que daban fe de las maravillas estaba siempre presente el criterio de la autoridad tradicional porque, como se dijo en un principio, existía una reconocida tradición de búsqueda de la maravilla, promovida por los viajeros y las más antiguas tradiciones librescas.

¿Y cuál era el sentido que se le daba a lo maravilloso en este periodo? Jacques Le Goff (1990) observa que lo maravilloso (*mirabilia*) en la Edad Media no es precisamente una mera categoría, sino un universo de objetos. Estos objetos, según la etimología de la palabra *mirabilia*, se muestran dignos de ser sopesados por la mirada:

Pero, naturalmente los *mirabilia* no son sólo cosas que el hombre puede admirar con la mirada, ante las cuales abre tamaños ojos, sin embargo desde un comienzo se da esta referencia al ojo que me parece importante, porque todo un mundo imaginario puede ordenarse alrededor de esta apelación a un sentido, el de la vista, y alrededor de una serie de imágenes y de metáforas que son visuales (Le Goff, 1990: 11).

Las funciones de lo maravilloso medieval las sintetiza el mismo Le Goff (1990: 23) en la siguiente lista:

a) La compensación

El mundo al revés, el país de Cucaña

La abundancia de comida.

La desnudez

La libertad sexual

El ocio

El mundo retrospectivo: Paraíso terrenal, la Edad de Oro

b) La oposición a la ideología cristiana

El antihumanismo

El hombre salvaje

Los monstruos

Los Mischwessen o seres mixtos

Rechazo al maniqueísmo

El optimismo

Maravilloso y *happy end*

Podemos observar, pues, que las novedades llegadas de tierras extranjeras aportaban a la vida un elemento de diversidad que la Edad Media apreciaba de modo particular. Era una compensación a la trivialidad y la rutina de lo cotidiano.

Estos elementos que tipifican lo maravilloso parecen no referirse al mundo natural, pero no es así: Lo monstruoso alude no sólo al monstruo humano, sino sobre todo a lo que resulta diferente. El mundo retrospectivo, el mundo al revés, es también un tópico de la naturaleza. Por ejemplo, desde Colón se postula que el Nuevo Mundo tiene un clima bastante temperado y una tierra feraz en la que el hombre puede vivir sin los apremios de la nece-



sidad de un clima frío. Esta idea traduce la idea de que la naturaleza es un jardín ameno, una especie de Edén. El optimismo acompaña a esa percepción de la naturaleza, con sus propias utopías.

Ahora bien, la belleza está entrañablemente ligada a la maravilla y durante el cristianismo, como advierte Huizinga (1994: 386), la verdadera belleza fue atribuida únicamente a Dios: "el mundo sólo puede ser *venustus*, lindo, agradable. Las bellezas de lo creado —dice Dionisio— sólo son reflejos de la suma belleza"; una criatura es llamada bella en cuanto participa en algo de la belleza de la forma de la naturaleza divina y de este modo se torna, en cierta medida, semejante formalmente a ésta.

Finalmente, cabe recordar que la idea de maravilla está vinculada con la idea de lo monstruoso, entendido como lo portentoso, como lo que no puede dejar de verse debido a su disformidad:

1. Varrón llama portentos a los nacidos contra la ley de la naturaleza; pero en realidad no son contra la naturaleza, porque se hacen por voluntad divina, y la naturaleza de toda cosa creada es la voluntad del Creador sobre ella. De aquí que los mismos gentiles para designar a Dios emplean a veces la palabra naturaleza.

2. El portento, pues, no es contra la naturaleza, sino contra la naturaleza conocida (Isidoro de Sevilla, 1951: 279)

Esta deformidad, esta extrañeza es, entonces, querida por Dios porque, como lo dijo San Bernardo en una sola frase, hay "deformidad de la belleza y belleza de la deformidad." Pero, además, "los monstruos son diversiones para ella [la naturaleza] y milagros para nosotros, las ha producido la ingeniosa naturaleza para que nosotros podamos descubrir su poder" (Kapler, 1986: 19).

EL NUEVO MUNDO, EL LUGAR DE LA MARAVILLA

Cuando Colón se encontró con América, en la mente del almirante no se movió un ápice el Extremo Oriente, la tierra de los prodigios, el espacio en que se encontraba el Paraíso y la mayor abundancia del mundo. De hecho, el tema del Paraíso era

uno de los grandes asuntos de la literatura medieval de viajes. El paraíso es objeto de una búsqueda muy real, y si en ocasiones algunos viajeros piensan que nunca llegarán a encontrarlo, hay otros que continúan aferrados a su creencia (Kapler, 1986: 98-99). El genovés tampoco vio el hemisferio antecuménico imaginado por Ptolomeo con una flora, fauna y una humanidad absolutamente extrañas, incluso teratológicas; sin embargo, pese al sentido realista del navegante, su contacto con lo exótico (los seres humanos primitivos, la naturaleza tropical) hizo que los mitos y las leyendas clásicas siguieron conviviendo en su mente como en las del resto de los exploradores y conquistadores. De hecho, la búsqueda de maravillas con su dosis de fuerte placer constituía uno de los alicientes para explorar el mundo,⁴ pero también era la garantía de estar realmente en otra tierra:

Las maravillas son el gran tema de todos los libros de viajes. La relación de Jourdain de Séverac lleva, sencillamente, el título de *mirabilia*, algo muy habitual en la Edad Media. [...] son muy frecuentes las expresiones del tipo "maravillarse", "deben maravillarse". Su sentido sigue siendo el del verbo latino *mirari*, que indica admiración, sorpresa, gusto por lo nuevo y extraordinario, no por lo bello (Kapler, 1986: 55-56).

Incluso la maravilla de la naturaleza americana va más allá de *locus amoenus*⁵ y da pie al atisbo utópico, como lo reflexiona nostálgicamente la mente realista de Acosta (1962: 84-85), luego de que el Paraíso como tal desapareciera de este horizonte a fines del siglo XVI:

Si guiaran su opinión por aquí, los que dicen que el Paraíso Terrenal está debajo de la equinoccial, aún parece que llevarán algún camino, no porque me determine yo a que está allí el Paraíso de los Deleites que dice la escritura, pues sería temeridad afirmar eso por cosa cierta.

4 Los exploradores y los mismos conquistadores tenían la consigna, hecha expresamente por mandato real, de "saber el secreto" de las tierras que pisaban.

5 Un "lugar ameno" que quitaba la vida a la mitad de las personas que llegaban por primera vez al Nuevo Mundo.

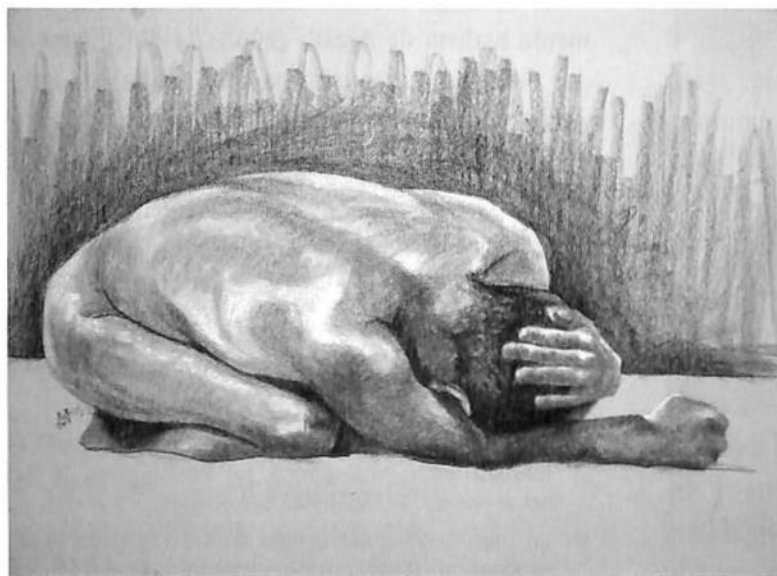
Más dígolo porque si algún paraíso se puede decir en la tierra es donde se goza un temple tan suave y apacible; porque para la vida humana no hay cosa de igual pesadumbre y pena como tener un cielo y aire contrario, y pesado y enfermo, ni hay cosa más gustosa y apacible que gozar del cielo y aire suave, sano y alegre. Mas si el aire y cielo es saludable, y alegre y apacible, aunque no haya otra riqueza, da contento y placer. Mirando la gran templanza y agradable temple de muchas tierras de Indias, donde ni se sabe qué es invierno que apriete con fríos, ni estío que acongoje con calores; donde con una estera se reparan de cualesquier injurias del tiempo; donde apenas hay que mudar vestido en todo el año, digo cierto, que considerando esto, me ha parecido muchas veces y me lo parece hoy día que si acabasen los hombres de desenlazar de los lazos que la codicia les arma, y se desengañasen de pretensiones inútiles y pesadas, sin duda podrían vivir en Indias vida muy descansada y agradable; porque lo que los otros poetas cantan de los campos Elíseos y de la famosa Tempe, y lo que Platón o cuenta o finge de aquella su isla Atlántida, cierto lo hallarían los hombres en tales tierras, si con generoso corazón quisiesen antes ser señores que no esclavos de su dinero y codicia.

Menos utópico, Fernández de Oviedo (1958-1959, VI: 153) llegó a decir que el oro es el enemigo de la maravilla, porque obnubila los entendimientos:

Y cómo yo huelgo de ver y entender todas las novedades y cosas raras é que son á propósito de aqueste tractado, háseme ofrecido una muy extremada, y que á los naturales entendimientos y á todos los que han leído é andado por el mundo, me paresce que les causará admiración é dará aparejo de pararse a contemplar en lo que agora diré é supe de un honrado vecino amigo nuestro, Balthasar García, quien dixo, como testigo de vista, una cosa que me dio más gusto é más contentamiento saberlo é oírlo, que todo lo que es dicho, é delante del obispo é dos criados suyos é otros escuderos desta fortaleza que a nuestro razonamiento estaban presentes: que en la bahía de Sanct Matheo, que es en la costa del Perú, entra un río muy poderoso é mucho mayor que el que pasa por la cibdad de Sancto Domingo; é que con la marea, seyendo creciente, está el agua dulce é potable, é que con la menguante está salada, é que acaesce desde el navío tomar por el un bordo o costado el agua dulce é potable, é por el otro salada. Cosa es que nunca á ningún otro hombre la oí, ni jamás de quantos en aquella tierra han estado que yo haya visto, les vi hablar de tal novedad: y

no me maravillo yo de no lo decir otros, aunque ello sea assí, porque ni todos los hombres saben entender las cosas aunque las vean, ni las sienten como son, y también porque como andan con ésta agonía de aqueste oro, esse les hace sentir mal, ó no como debrían, las otras cosas que los simples tienen por accesorias ó en poca estimación, y essas son de los que más se maravillan los discretos é de lindos entendimientos.

Pero el "oro es excelente", como dijo Colón, y por ello se convirtió en un fuste para otra utopía, pues su abundancia crea otro *locus amoenus*, ciertamente bastante diferente, como lo podemos



LA COLMENA 49, enero-marzo 2006.

apreciar en esta descreída descripción de Gilij, ya en pleno Siglo de las Luces:

Bajo el nombre de Dorado, si atendemos al sentido en que las comarcas americanas se toma, es conocido un país más rico que cualquiera otro descubierto en el Nuevo Reino. No se pueden comparar (así piensan los viajeros) ni el célebre Potosí ni el Chocó, ni las minas de Méjico, ni tantos otros lugares de donde se sacan tan preciosos tesoros, sin encontrar nunca el fin. Si oímos las relaciones de aquéllos, en esta feliz región son de oro las rocas, y de oro y de plata son también las arenas que llevadas por el agua corren precipitadas por los ríos. De oro son también las arenas que brillan como otras tantas menudas estrellas, en los lagos (Gilij, 1987, I: 157).

MARAVILLA Y RETÓRICA

La “estetización de lo maravilloso” (Le Goff, 1990: 24)⁶ fue propiciada también por los efectos de la escritura; una escritura que seguía de cerca las estrategias planteadas por la Retórica, en particular por las del género demostrativo. Esta disciplina era definida, como lo dijo Quintiliano, en términos del *ars bene discendi* o *bene discendi scientia*. Es el arte o la ciencia (entiéndase aquí como técnica) del buen decir, de la comunicación persuasiva. La palabra “arte” se entendía como el ordenamiento de un proceso tendente a su perfeccionamiento (*virtute*), conforme al trazado de un plan (Lausberg, 1975: 58-61). Este arte verbal fue elaborado a partir de

una serie de códigos de articulación del discurso en vista de su función específica en los diversos tipos de comunicación; o mejor dicho, en diversas situaciones comunicativas. Así, una “buena” escritura, la literaria, es virtuosa en la medida que cumple con ciertas normas de escritura que sustenta la Retórica. Particularmente, importa el uso que hace de las reglas específicas del género, las cuales operan como respuesta a la intención o *finalidad* textual y a las expectativas del lector ante el texto.

Veamos pues el género demostrativo que es el adecuado para la narración histórica. Y para las maravillas, la historiografía era considerada como el modelo de discurso del *genus demonstrativum* en cuanto que en éste se presenta una estrecha relación entre la Historia y la escritura “virtuosa”. En palabras de Miguel de Salinas (1980: 56-57), el género queda definido como sigue:

Demostrativo es cuando demostramos, o enseñamos, o damos cuenta de alguna cosa. Como es de persona, provincia, ciudad, montes, puentes u otros lugares; o alabamos o vituperamos a alguien. Dícese demostrativo porque demuestra cuál sea la cosa de que trata.

Otra perspectiva complementaria es la de Lausberg, para quien el género recibe su especificidad cuando, a diferencia de los otros, el receptor no tiene que tomar una decisión:

[el receptor] carece de competencia para adoptar una decisión y que no se interesa activamente en ella: este espectador se enfrenta con el objeto del discurso a cierta distancia. Como el asunto del discurso no le afecta, no puede participar de los

6 Para la especificación del estatuto literario el primer hito con el que hay que contar es el de la función poética de Jakobson en donde se plantea la comunicación literaria en términos de *orientación* hacia la estructura misma del mensaje en cuanto que es portadora de una significación particular. *Grosso modo*, se quiere dar a entender que existe una manera propia de proponer la significación. Lotman observa que tal especificidad da lugar a un *sistema modelizante secundario*, esto es, a un modo particular de significar que actualiza ciertos códigos que modelan la realidad. El discurso literario también ha sido tipificado por su función expresiva, que actualmente podría significar, entre otras cosas, planteado desde la perspectiva de Jakobson, el hecho de que la orientación del mensaje hacia sí mismo genera un distanciamiento con respecto a la función denotativa, referencial, de la lengua y también, en segundo plano, un acercamiento al emisor del mensaje (función emotiva). También es importante afirmar la postulación de la cualidad ficticia de una gran parte de los textos literarios, entendiendo por ficción la creación de un *mundo propio* (verosímil o fantástico) que mantiene también relaciones extensionales. Para la crónica, que en principio es un texto histórico, vale recordar que el estatuto literario lo adquiriría en función de su seguimiento de una serie de convenciones retóricas, tanto en el estilo como en la elección de los temas. Por supuesto, no vale aquí el concepto de ficción, aunque desde ahora se evalúe a las crónicas desde su capacidad imaginativa.

serios propósitos e intenciones del público principal. Ese espectador "hace caso omiso" a las intenciones serias; en su lugar se fija en el efecto artístico que tal discurso le produce y juzga la pieza oratoria conforme a su calidad artística. De esta manera, para tal espectador el objeto sobre el que decide no es el asunto jurídico o legislativo (que forma el objeto del discurso), sino el discurso mismo como una exhibición de la oratoria. (Lausberg, 1975: 213)

En efecto, el receptor interviene, cuando más, jugando el papel de crítico de la calidad artística del discurso o bien simplemente se deja llevar por el placer estético. Además, los objetos que mejor se prestan para este "discurso exhibicionista" son los que tienen las cualidades de la "belleza" y lo "honesto", incluyéndose allí también las acciones. Entonces se habla de elogio o alabanza. Sin embargo, existe la opción al vituperio, que recae sobre lo feo y malo (*turpe*). Pero hay que precisar que este crítico es también un lector que se deja persuadir por la materia tratada y en ello encuentra esparcimiento, gusto y placer.

De esta forma, resulta evidente la presencia de elementos "virtuosos" —artísticos, diríamos ahora— así como también la selección de los asuntos del discurso en el marco del mencionado género. La Retórica clásica y luego la cristiana han propuesto un inventario de los objetos y situaciones a los cuales pueden aplicarse el vituperio y el elogio repartidos en cuatro grupos: dioses, hombres, animales y seres inanimados. A esta actividad se le denomina descripción.

La tarea de describir era la operación discursiva fundamental de las historias naturales; y si la materia que trataba era nueva, el esfuerzo por capturar la cosa debía ser mayor. Pero la novedad de la materia traía a cuenta, necesariamente, la maravilla, la sorpresa de lo diferente. Estas novedades naturales se percibieron necesariamente bajo el valor de la belleza. Luego, el tratamiento retórico apuntaba a la descripción mediante la alabanza: la naturaleza maravillosa así lo requería, porque no hay controversia, ni disputa que inicie más

allá de un *certum* que proviene de la experiencia del sujeto, como se puede apreciar en este fragmento:

Mirando el hombre la hermosura desta fructa, goza de ver la cumposición é adornamiento con que la natura la pintó é hizo tan agradable a la vista para la recreación de tal sentido: oliéndola goza de tal sentido: oliéndola goza el otro sentido de un olor mixto con membrillos e duraznos ó melocotones, y muy finos melones, y demás excelencias de todas essas frutas juntas y separadas, sin alguna pesadumbre [...] (Fernández de Oviedo, 1958, I: 187).

También se advierte ante todo una llaneza en el estilo, que da lugar a un "encarecimiento", en que no hay un notable despliegue de recursos verbales. Pareciera que a la maravilla basta contarla con las palabras de los propios testigos. Sin embargo, los ejercicios de elocuencia laudatoria son evidentes en varios casos, como en la descripción de la piña que hace Fernández de Oviedo:

Hay en esta isla Española unos cardos, que cada uno dellos lleva una piña (o, mejor diciendo, alcachofa), puesto que, porque parece piña las llaman los cristianos piñas, sin lo ser. Esta es una de las más hermosas fructas que yo he visto en todo lo que del mundo he andado. A lo menos en España, ni en Francia, ni en Inglaterra, Alemania, ni en Italia, ni en Cecilia, ni en los otros estados de la Cesárea majestad, así como de Borgoña, Flandes, Tirol, Arbués, ni Holanda, ni Zelanda, y los demás, no hay una linda fructa aunque entren los silleruelos de Cecilia, ni peras moscarelas, ni todas aquellas fructas excelentes que el rey Fernando, primero de tal nombre en Nápoles, acomoló en sus jardines del Parque, y del Paraíso u Pujo Real en la cual fue opinión que estaba el principio de todas las huertas de las más excelentes frutas de las que cristianos poseían; ni en la Esquiva Noya del río Po; ni la huerta portátil en carretones del señor Ludovico Esforza, duque de Milán, en que le llevaban los árboles cargados de fructa, hasta la mesa y a su cámara. Ninguna destas, ni otras muchas que

yo he visto, no tuvieron tal fructa como estas piñas o alcarchofas, ni pienso que en el mundo las hay que se les iguale [...] (Fernández de Oviedo, 1958, I: 239)

Se nota, además, que no hay un ejercicio de abstracción con un metalenguaje científico, aunque sí existen afanes de ese tipo relacionados con la herbolaria; pero es raro este saber en los cronistas, y lo que en algún momento aparece es más bien producto de un conocimiento tradicional e incluso popular que entronca con ese saber:

Y para que mejor en la duda nos enteremos, quiero primero advertir que el chile, sea verde o seco, agora sea de los grandes o de los pequeños en siendo chile es calidísimo y no menos que en tercero grado, y digo más que ay chile tan fuerte que se puede llamar caliente casi en cuarto grado, y esto que digo, si se tuviera de alegar con razones y autoridades de graves doctores, pudiera muy bien henchir dellas todo el capítulo, pero quien sin autoridades no lo creyere,



refriéguese muy bien la boca con un par de chiles y verá si lo enfrían (Cárdenas, 1988: 154-155).

Sin embargo, aunque la mente estuviera dispuesta a creer en las maravillas, como se trataba de un discurso —la historia— que tenía el carácter de verdadero, entre más grandes fueran los portentos, entre más distancia hubiese entre la realidad conocida y el portento, más “probanza” era necesaria, pues en principio podían ser poco creíbles. Esto significa que, pese a todo, el *certum*, el punto de partida del género epidíctico, no lo era del todo.

En mis primeras Décadas, que impresas andan por el mundo, se hizo mención de una fuente, cuya oculta fuerza dicen ser tanta, que bebiéndola o bañándose en ella rejuvenecen los ancianos. Autorizándome yo con el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio, me atreveré a referir y poner por escrito lo que algunas personas, sobresalientes por su autoridad osaron proferir, pues ni aquél escribió acerca de los animales lo que alcanzó a ver por sí mismo, sino que exclusivamente le contaron las personas que Alejandro de Macedonia envió a investigarlo con grandes gastos, ni Plinio anotó innumerables cosas dignas de recuerdo mas que ateniéndose al testimonio oral o escrito de otros sujetos.

Los que yo aduzco en mis escritos, a más de las cartas de los ausentes, y lo que de viva voz me han contado los que de aquellas tierras van y vienen de continuo, son el deán Álvaro de Castro, el jurisconsulto y oidor Ayllón, y el licenciado Figueroa, enviado a La Española como presidente de su Audiencia. Los tres están de acuerdo en haber oído hablar del poder restaurador de la fuente, y dado en parte crédito a sus informadores, asegurando empero que ni lo vieron ni lo experimentaron, porque los de la florida son gentes indómitas, acérrimos defensores de su derecho y no toleran huéspedes, sobre todo los que traen la intención de privarlos de su libertad y ocupar su suelo patrio (Anglería, 1964-1965, II: 623)

Finalmente, en un renglón aparte, la tarea de describir el Nuevo Mundo significaba —en relación con el saber natural botánico o zoológico, etcétera, de los indígenas— la comprensión y apropiación de un conocimiento y sobre todo la exploración en torno a la mentalidad indígena para efectos de la predicción:

No, cierto, es la menos noble joya de la recámara de la predicación evangélica el conocimiento de las cosas naturales, para poner ejemplos y comparaciones, como vemos el Redemptor haberla usado. Y estos ejemplos y comparaciones, cuanto más familiares fueren a los oyentes, y por palabras y lenguaje más usadas entrellos dichas, tanto serán más eficaces y provechosas. A este propósito se hizo ya tesoro, en harta costa y trabajo, este volumen, en que están escriptas en lengua mexicana las propiedades y maneras exteriores y interiores que se pudieron alcanzar de los animales, aves, peces, árboles y yerbas, flores y frutos más conocidos y usados que hay en toda esta tierra (Sahagún, 1988, II: 677). LC

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Joseph (1962), *Historia natural y moral de las Indias*, México, FCE [Prólogo, estudio e índices de Edmundo O'Gorman].
- Adorno, Rolena (1988), "Nuevas perspectivas en los estudios coloniales hispanoamericanos", *Revista de crítica literaria hispanoamericana*, Lima, Vol. 28, No. 2.
- Anglería, Pedro Mártir de (1964-1965), *Décadas del Nuevo Mundo*, México, José Porrúa [Estudio y apéndices de Edmundo O'Gorman; traducción de Agustín Millares Carlo], 2 vols.
- Bruyne, Edgar (1994), *La estética en la Edad Media*, Madrid, Visor.
- Cárdenas, Juan de (1988), *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, Madrid, Alianza-Sociedad Quinto Centenario [Introducción y notas de Ángeles Durán].
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1958-59), *Historia general y natural de las Indias islas y Tierra-Firme del mar Océano*,

Madrid, Atlas [edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso], 5 vols.

- Gillij, Felipe Salvador (1987), *Ensayo de historia americana*, Caracas, Academia Nacional de Historia [Traducción y estudio de Antonio Tovar], 3 vols.
- Goic, Cedmil (1982), "La novela hispanoamericana colonial", en *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, Madrid, Cátedra, T. I. [edición de Luis Íñigo Madrigal].
- González Echeverría, Roberto (1983), "Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista", en *Isla a su vuelo fugitiva: ensayos críticos de literatura hispanoamericana*, Madrid, Porrúa.
- Huizinga, Johan (1994), *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza.
- Isidoro de Sevilla (1951), *Etimologías*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Kapler, Claude (1986), *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal.
- Lausberg, Heinrich (1975), *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos.
- Le Goff, Jacques (1990), *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Altaz.
- Llarena González, Alicia (1987), "Un asombro verbal para un descubrimiento: los cronistas de Indias (Colón, Cortés, Bernal, Las Casas)", en *Retórica y humanismo*, Madrid, Castalia.
- Mignolo, Walter (1981), "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Language Notes*, vol. 92-2, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- ____ (1992), "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, Madrid, Cátedra [edición de Luis Íñigo Madrigal], T. I.
- Motolinía (fray Toribio de Benavente) (1965), *Memoriales o el libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, FCE [Edición, notas y estudio de Edmundo O'Gorman], 3 vols.
- Pupo-Walter, Enrique (1982), *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Madrid, Gredos.
- ____ (1986), "Creatividad y paradojas formales en las crónicas mexicanas de los siglos XVI y XVII", en Merlin Foster y Julio Ortega (eds.), *De la crónica a la nueva narrativa mexicana. Coloquio sobre literatura mexicana*, México, Oasis.
- ____ (1995), "El relato virreinal", en *El cuento hispanoamericano*, Madrid, Castalia.
- Sahagún, fray Bernardino de (1988), *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Conaculta/Alianza Editorial Mexicana [Introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin], 2 vols.
- Salinas, Miguel de (1980), "Retórica en lengua castellana", en Elena Casas (ed.), *La Retórica en España*, Madrid, Editora Nacional.